

Lección 19

19 de mayo de 1965

Como en el juego de la *morra*ⁱ, en que tijeras, piedra y papel se disputan en círculo indefinidamente, piedra rompiendo tijeras, papel envolviendo piedra, tijeras cortando papel, pueden enunciar ustedes, en una analogía, que encubre algo seguramente más complejo, que los tres términos de mis últimos discursos, y muy especialmente el de la última vez, erigieron ante ustedes bajo las rúbricas del *sujeto*, el que tuve más cuidado en aguzar, para su entendimiento, del *saber*, que fue asimismo el segundo término al que intenté darle todo su peso, respecto a lo que abarca el nombre de inconsciente. Lo inconsciente es un saber, cuyo sujeto persiste indeterminado, en lo inconsciente. ¿Quién sabe?ⁱⁱ El *sexo*, por último, del cual tampoco por azar ni prisa no señalé la última vez, con todo su relieve, que el sentido de la doctrina freudiana es que el sexo es uno de sus escollos, sexo en torno al cual, escollo en torno al cual, gira esa relación triple, esa economía, en que cada uno de esos términos se remite uno al otro siguiendo una relación que, a primera vista, puede parecer ser aquella con la que se los introduzco, en una relación de dominancia circular.

El sujeto se indetermina en el saber, el cual se detiene ante el sexo, el cual le confiere al sujeto esta nueva especie de certidumbre a través de la cual, estando determinado su lugar de sujeto y al no poderlo ser sino a partir de la experiencia del *cogito*, con el descubrimiento de lo inconsciente, de la naturaleza radical y fundamentalmente sexual de todo el deseo humano, el sujeto adquiere su nueva certidumbre, la de encontrar su morada en la pura falla del sexo. Esa relación de dominancia rotatoria es esencial para fundar lo que está en cuestión en mi discurso desde su comienzo. ¿De qué estatuto del sujeto se trata en lo que se vuelve a engendrar para él por vía de la operación analítica? Y asimismo, ya que sólo esta operación analítica le da su estatuto, de lo cual hablaremos hoy, luego de esta introducción, no se trata de constatar, como un hecho del mundo, esta dominancia que se rechaza a través de cada uno de los tres términos, sino de reformularla, de hacer sentir sus efectos, a la manera de esta forma bajo la cual, para nosotros, se ejerce, que es propiamente la forma del juego.

Pienso que también para quienes llegaran a escucharme hoy por primera vez, saben lo suficiente de Freud para reconocer qué término esencial constituye en su enseñanza la relación entre saber y sexo. Ya se trate de su acercamiento, de su descubrimiento de la dinámica psicoanalítica, es en términos de que el sujeto sabe más de lo que cree, dice al respecto más de lo que quiere, y demuestra, sobre sus propios fundamentos, esta forma de saber ambiguo que, en cierta manera, se renuncia a sí mismo en el momento mismo en que se confiesa, que Freud introdujo la dinámica de lo inconsciente. Y cuando teoriza, es en torno a ese punto oscilante de la pregunta sobre el sexo, de la pulsión epistemológica, de la

ⁱ Hay homofonía entre *la mourre* y *l'amour*: la morra y el amor. Michel Roussan anota al margen que, justamente, la copia dactilográfica dice *au jeu de l'amour, de l'amora*. Pero esta última palabra, *l'amora*, no es más que la traducción "fonética", en francés, de *la morra*, lo cual induce a concluir que la primera palabra es *mourre* y no *amour*. En cuanto a *morra*, cfr. G. Ifrah, *Histoire universelle des chiffres* [Historia universal de las cifras]. París, R. Laffont, 1994, t. 1, p. 128.

ⁱⁱ *Qui sait-il?* En las notas de R. Bailly reza *Qui sait?* [¿Quién sabe?]. Michel Roussan agrega una homofonía posible: *Qu'y sait-il?* ¿Podríamos acaso agregar también: *Qui c'est-il?*

necesidad de saber lo que concierne al sexo que se introduce, genéticamente, en la historia del niño, todo lo que en adelante alcanzará pleno desarrollo en las formas, tanto de su persona como de su carácter, como de sus síntomas, de toda esa materia que es la nuestra y que nos interesa.

Pero es aquí donde adquiere su incidencia lo que yo he querido articular para ustedes en su diferencia dialéctica, cuando les hablé de *verdad* a propósito del saber. ¿Dónde está ese saber? Donde tiene su estatuto, allí donde lo hemos constituido, allí donde, no inconsciente sino externo a nosotros, se funda en la ciencia. ¿Dónde estaba la verdad antes del establecimiento del saber? Asunto que, ya se los recordé, no data de ayer. Su fecha es exactamente contemporánea de las primeras articulaciones lógicas: está en Aristóteles. Es el estatuto de la contingencia de la verdad antes de que se revele en saber. Pero lo que nos demuestra la articulación freudiana es una relación divergente de esta verdad con el saber. Si el saber se hace esperar, si la verdad está en vilo mientras no se haya constituido el saber, es bien claro que independientemente de quien la haya formulado, 300 años antes la fórmula newtoniana misma no habría dicho nada, a falta de que esta verdad pudiese insertarse en su saber.

Es la estructura freudiana la que nos revela y levanta el sello de ese misterio: se descubre que la orientación de la verdad no es hacia un saber, ni siquiera a un saber por venir que siempre está en relación con un punto *x*, en una posición lateral. En el fondo, lo que tenemos que traer a la luz en tanto verdad, en tanto ἀλήθεια, en tanto revelación heideggeriana, es algo que suministra para nosotros un sentido más pleno, si no más puro, a este asunto sobre el ser que en Heidegger se articula y que se llama para nosotros, para nuestra experiencia de analistas, el sexo. O nuestra experiencia está errada y no hacemos nada bueno, o es así como se formula, es así como debe formularse aquí.

La verdad sobre el sexo está por decirse, y es porque es imposible (esto está en el texto de Freud), -es por eso que la posición del analista resulta imposible-ⁱⁱⁱ, es porque es imposible decirlo enteramente, que se desprende de ahí esa especie de suspenso, de debilidad, de incoherencia secular en el saber, que es, propiamente, la que denuncia y articula Descartes para desprender de ahí su certidumbre de sujeto, donde el sujeto se manifiesta justamente como la señal, el resto, el residuo de esa falta de saber, a través de lo cual alcanza lo que lo ligó, lo que se rehúsa al saber, en el sexo; a lo cual se encuentra suspendido el sujeto bajo la pura forma de esa falta, a saber, como entidad desexuada. Un saber, pues, se refugia en alguna parte, en ese lugar que podemos llamar (y porqué no, puesto que ahí volvemos a encontrarnos las antiguas vías), en un lugar de pudor original, respecto al cual todo saber se instituye en un horror infranqueable respecto a ese lugar donde yace el secreto del sexo. Y por eso es importante recordar (todo el mundo puede saber esto, pero es sorprendente que se lo olvide) que conocemos muchos efectos en cascada de lo que concierne al sexo, así sea únicamente la multiplicidad de los seres existentes, pero que sería velar el asunto, que sería escamotearlo, hacer del sexo el instrumento en que sus efectos resultarían justificados por su teleología. El sexo, en su esencia de diferencia radical, sigue intacto y se rehúsa al saber.

La introducción de lo inconsciente cambia completamente el estatuto del saber, y redobladamente; redoblamiento que ha de repetirse en cada uno de los niveles en que

ⁱⁱⁱ Otra posibilidad de traducción: "... (esto está en el texto de Freud: que la posición del analista es imposible), es por eso, porque es imposible decirlo..."

hemos de retomar los tres polos donde se constituye nuestro orden subjetivo. El saber de lo inconsciente es inconsciente por lo siguiente: que del lado del sujeto, el saber se plantea como indeterminación del sujeto; no sabemos en qué punto del significante se aloja ese sujeto presunto saber. Pero por otro lado, ese saber, aún inconsciente, está en una referencia de interdicto fundamental respecto a ese polo que lo determina en su función de saber. Hay algo que ese sujeto... [de]^{iv} ese saber no debe saber. Esa es constitución radical, no accidental, aún cuando todas las cadenas en que se liga esta concatenación subjetiva nunca sean más que singulares y fundadas sobre esta captura, esta inclusión primera que constituye toda la lógica, lógica que se trata de que fundemos nosotros, a fin de captar cómo se recorre, y dónde estamos cuando nosotros, los analistas, pretendemos jugar a eso.

Hay una pregunta que acaba de ser planteada en un concurso, uno de esos concursos que, en un medio como éste, es algo que representa cierta ilustración; una pregunta que se plantea allí bien puede considerarse de actualidad. Se preguntó a quienes deben superar esa barrera, ese *steeple-chase* de lo que llaman la agregación: "¿Puede el hombre representarse un mundo sin el hombre?". Aquí yo diría, no la manera como yo le habría aconsejado a cualquier candidato tratar este asunto, sino el sentido en el que yo mismo lo habría tratado. Es claro, desde siempre, que el mundo en cuestión nunca haya sido aprehensible más que como haciendo parte de un saber; es fácil para nosotros darnos cuenta que la representación no es más que un término que sirve de caución al señuelo de ese saber. El hombre mismo fue fabricado, a todo lo largo de sus tradiciones, a la medida de esos señuelos. Por lo tanto es bien claro que no podría quedar excluido de esta representación, si continuamos haciendo de esta representación la caución de ese mundo.

Pero se trata del sujeto, y para nosotros el sujeto, en la medida justamente en que puede ser inconsciente, no es representación, es el representante, *Repräsentanz* de la *Vorstellung*; está ahí en el lugar de la *Vorstellung* que falta. Es el sentido del término freudiano de *Vorstellungrepräsentanz*. No se trata de que nos contraargumentemos que este hombre, con el que cubríamos el mundo desde siempre, ese *macrantropos*^v que era el *macrocosmos*, estaba hecho, por supuesto, sexuado; sino justamente, resulta demasiado claro que a falta de poder decir de qué sexo era, tenía ambos, y ahí está justamente todo el asunto. El hecho de decir que se encuentra un toquecito del uno y del otro, una mezcla de los caracteres en los vertebrados superiores, no le agrega nada.



Fig. XIX-1

El sujeto de donde tenemos que partir es la pieza que le falta a un saber condicionado por la ignorancia, y de lo que se trata en cuanto a este (sino es por éste que hemos de hallar al hombre) está siempre en la posición de desecho respecto a su representación. Y en esta

^{iv} Así en Michel Roussan.

^v Cfr. A. Koyré, *Parcelse*, París, ediciones Allia, 1997, p. 24.

medida puede decirse que hasta el psicoanálisis, siempre se representó al mundo sin el hombre verdadero, sin tener en cuenta el lugar en donde está como sujeto, lugar sin el cual no habría representación, muy precisamente porque la representación no tendría, en el mundo, representante. Es así como marqué en el tablero [figura XIX-1], con sus características, las mismas que acabo de enunciar, esos tres polos, del *saber* en tanto inconsciente, que tal vez sabe todo, salvo lo que lo motiva, del *sujeto* que se instituye en su certidumbre de ser falta de saber, y de ese tercer término, que es precisamente el *sexo*, en la medida en que, en esta esfera es rechazado al comienzo, en la medida en que es de donde surge aquello de lo que no se quiere saber nada.

Es aquí donde voy a preguntarles: ¿quieren que juguemos hoy? No digo más, no les digo ¿quieren jugar conmigo? Porque en últimas, desde donde hablo, a saber como analista, jugar conmigo no dice con quién se juega. No les digo tampoco que algo *se* juega. Por muy analistas que seamos, estamos en la historia y si la física se funda sobre los términos de “nada se pierde, nada se crea”, pregunto, a quien haya aquí reflexionado sobre la historia, si el fundamento de esta idea de la historia no es, propiamente, “nada se juega”. Para todos los que tuvieron el tiempo de experimentar algo de lo que, en nuestro tiempo, pareció jugarse en lo que de historia puede escribirse, para quienes tuvieron el tiempo de ver desfondarse algún puro juego en la historia, ¿no es acaso evidente que la marcha de las cosas le da su verdad a lo que acabo de enunciar bajo esta forma “nada se juega”? Si hay una verdad de la historia, la verdad marxista por ejemplo (esto es precisamente lo que, desde un cierto punto de vista, puede verse uno llevado a reprocharle), es que, si el sujeto de la Historia sí está ahí donde se nos dice, en sus fundamentos económicos, todo se jugó de antemano. Pero es justamente lo que queda demostrado en cada rodeo: basta simplemente con que pongamos en su lugar aquello de lo que se trata, allí donde se cree dirigir el juego. Lo cual no quiere decir que ese juego no tenga su estatuto, y que se halla en alguna parte entre los tres términos que acabo de dibujar para ustedes. Es ahí dentro donde entraremos ahora y donde proseguiré mi discurso para los analistas, aun cuando resulte que por mucho juego que yo adelante a su cuenta, será siempre allí donde se corra menos riesgo, que lo arriesgarán todo, y arriesgarán poco allí donde el riesgo sea mayor. Pero para eso se trata de saber qué quieren decir esos términos ¿qué quiere decir el juego mismo, en cualquier nivel en que empleemos esa categoría?

El juego es un término de una extensión amplia, desde el juego del niño hasta el juego que se llama de azar y hasta lo que se ha llamado, de manera despistadora, la teoría de los juegos, entiendo, aquella que parece datar del libro del señor Von Neumann y de su colaborador¹⁰⁵. Hoy intentaré decirles cómo, desde el punto de vista del análisis, que tiene todos los caracteres de un juego, podemos aproximarnos a lo que concierne a ese registro. El juego es algo que, desde sus más simples formas hasta las más elaboradas, se presenta como la sustitución, a la dialéctica de esos tres términos, de una simplificación que, ante todo, la instituye como sistema cerrado. Lo propio del juego es siempre una regla, aun cuando esté oculta; una regla que excluye a manera de interdicto ese punto, que es justamente el que les designo, al nivel del sexo, como el punto de acceso imposible, en otras palabras, el punto donde lo real se define como lo imposible. El juego reduce ese círculo a la relación del sujeto con el saber. Esa relación tiene un sentido y sólo puede tener uno: el de la espera; el sujeto espera su lugar en el saber. El juego siempre es el de la relación de una tensión, de un alejamiento a través del cual el sujeto se instituye a distancia de lo que existe ya en alguna parte como saber. Si hice ejercitarse durante por lo menos un

trimestre al pequeño rebaño de cuyo cayado disponía entonces en el juego de par o impar (¡en ese tiempo yo todavía creía que algo se jugaba!), era para intentar hacerles entrar esta verdad por las venas. Quien detenta las canicas sabe si su número es par o impar. De hecho, poco importa que lo sepa o no, hay saber en su mano, y la pasión del juego surge por el hecho de que, al frente, yo me instituyo como sujeto que sabrá. En la forma que sea, la de una apuesta [*enjeu*], o la de las canicas mismas, la realidad que toma su lugar pierde lo que, en ese triángulo, en ese tri-polo, es lo imposible de saber, pero que, al ser mochado^{vi} en el juego por estar excluido en ese imposible, se vuelve la pura y simple realidad del elemento en juego [*l'enjeu*]. La apuesta [*l'enjeu*, lo que está en juego] es, en cierta forma, lo que enmascara el riesgo. A fin de cuentas, no hay nada más contrario al riesgo que el juego. El juego encapucha el riesgo, y lo demuestra el hecho de que los primeros pasos que se dieron en la teoría de los juegos, no a nivel de Neumann, sino en Pascal, comienzan por la teoría del reparto. Esto quiere decir que en cada momento de un juego puede concebirse un reparto equitativo de lo que está en juego [*en jeu*]; es posible un cálculo de las esperanzas que hace que, si se detuviera un juego en ese medio, no simplemente sucedería que cada uno de los jugadores retire lo que apostó [*sa mise*], lo cual sería injusto, sino que lo apostado [*mise*] será compartido (y enunciar lo siguiente es enorme; sin embargo da la estructura misma de aquello de lo se trata), en función del cálculo de las esperanzas de los jugadores. No entraré en el detalle de aquello de lo que aquí se trata, contentándome con remitirlos a los opúsculos, fundamentales en la materia, de Pascal, que de hecho constituyen ley desde entonces, y por las mejores razones.

¿Qué significa esto? Que, para nosotros, cuyos caminos están facilitados por esta teoría de los juegos en la que se demuestra que lo que se llama estrategia es algo que nos indica que lo que es perfectamente calculable, lo que en un número de casos bastante extendidos como para que esto constituya punto de partida para toda elaboración relativa al ejercicio de los juegos, en un número bastante grande de casos, dada la connotación de los lances posibles de un jugador con el conjunto de los lances posibles de otro, hay un punto, llamado punto de silla, tal como se dice silla de montar, donde se traslapa, como siendo estrictamente idéntico, lo que deben jugar los dos jugadores para obtener, ambos y en todos los casos, la mínima pérdida, demostrando así que la naturaleza del juego está lejos de ser pura y simple oposición entre los jugadores, sino, en el comienzo, en su comprensibilidad misma, posibilidad, por el contrario, de acuerdo. Lo que en todo juego busca el jugador, el jugador como persona, es siempre algo que implica esta conjunción como tal de dos sujetos, y el verdadero elemento en juego [*enjeu*] del asunto, es ese jugador, sujeto dividido en la medida en que interviene allí él mismo como elemento en juego a título de ese pequeño objeto, de ese residuo que conocemos bien nosotros los analistas bajo la forma de ese objeto al que le di el nombre de una letra minúscula, de la primera. Si hay algo que soporte toda actividad de juego, es ese algo que se produce por el encuentro del sujeto dividido, en la medida en que es sujeto, con ese algo a través de lo cual el jugador se hace él mismo desecho de algo que se ha jugado en otra parte, el otra parte a todo riesgo, el otra parte desde donde ha caído del deseo de sus padres, y precisamente ahí, el punto de donde él se escabulle yendo a buscar, al contrario, esa relación de un sujeto con un saber.

Y para ilustrarles de la forma más rudimentaria el carácter fundado que les indico como siendo radicalmente, en el juego, la relación de un sujeto con un saber, les evocaré una

^{vi} *Rabattu*: bajado, rebajado, allanado, abatido, podado, volteado...

imagen, para mí particularmente sorprendente, la de una niñita que, hacia los tres años, había hallado ese juego en un ejercicio que no por azar consistía en venir a abrazar a su padre, que consistía en ir a la otra punta de la pieza y acercarse a pasos lentos, poco a poco más precipitados, escandiendo su avanzada con esas tres palabras: ¡ya va a pasar, ya va a pasar, ya va a pasar!^{vii} Tal es la imagen fundamental donde está incluido todo lo que se llama, en su diversidad, actividad lúdica, hasta en sus más complejas y más ordenadas formas, aislamiento del sistema por medio de una regla donde se determina la entrada y la salida del juego, al interior del juego mismo, el sujeto en lo que tiene de real, y de real imposible de alcanzar, materializado, si puedo decirlo, en el elemento en juego [*l'enjeu*]. Y es en esto que el juego es la forma propicia, ejemplar, aislante, aislable, de la especificación del deseo, deseo que no es más que la aparición de este elemento en juego, de este *a* que es el ser del jugador, en el intervalo de un sujeto dividido entre su falta y su saber.

Noten que en ese juego, si la realidad es reducida a su forma de desecho del sexo, a su forma in-sexuada, el otro beneficio del juego es que la relación de verdad está allí [sólo] en razón misma de la supresión de ese polo de realidad como imposible, la relación de verdad está suprimida. Puede uno preguntarse en todo sentido qué hay de la verdad de la ciencia antes de que se afirme. Puede uno preguntarse qué hay de lo inconsciente antes de que yo lo interprete, y lo propio del juego es que, antes de que se juegue nadie sabe qué va a salir. Ahí está la relación del juego con el fantasma. El juego es un fantasma hecho inofensivo y conservado en su estructura.

Esos comentarios son esenciales para introducir lo que deseo articular para ustedes hoy, a saber, lo que sucede con el juego del análisis (si acaso es que, tal como parece, el análisis es un juego en la medida en que se prosigue al interior de una regla), y de lo que se trata es de saber cómo ha de conducir ese juego el analista, para saber también cuáles son las propiedades exigibles de su posición para que la conduzca a esta operación de una manera correcta^{viii}.

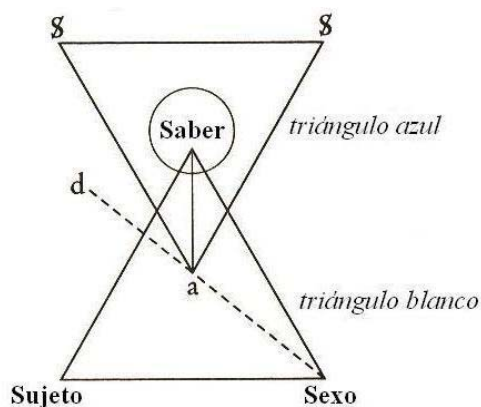


Fig. XIX-2

Digamos primero para qué nos sirve este esquema [figura XIX-2]; para decirnos lo que sin duda sabemos, pero que estamos lejos de articular en todos los casos, y esto también se explica. Este esquema, consiste en que, en un análisis hay, en apariencia, dos jugadores. Esos jugadores, cuya relación intenté articular para ustedes como una relación de

^{vii} *ça va arriver!* es también ¡ya va a llegar!

^{viii} para que conduzca esta operación de manera correcta [*pour qu'il la mène, cette opération, de façon correcte*], en las notas de Jean Oury.

malentendido, puesto que el lugar que ocupa uno de los jugadores, siendo el otro el sujeto, es el de sujeto supuesto saber, en cambio, si confían en mi articulación esquemática, el sujeto (si acaso podemos hablar de ese polo en su constitución pura), el sujeto sólo se aísla al retirarse de toda sospecha de saber. La relación de uno de esos polos con el polo del sujeto es una relación de falacia, pero es también por eso que se acerca al juego; el sujeto supuesto saber realiza la conjunción de ese polo del sujeto con el polo del saber, del cual el sujeto habrá de saber primero que en el nivel del saber no ha de suponer sujeto, puesto que es lo inconsciente.

¿Qué resulta de eso? Si nos atenemos a esos dos polos es porque, desde el punto de vista del juego, esto constituye tal vez dos jugadores en el sentido en que, en la teoría de los juegos del señor Von Neumann, lo que se llaman jugadores son simples agentes, agentes que se distinguen uno del otro simplemente por un orden de preferencia, pero el hecho mismo de que esos agentes, en los casos que hace poco evocaba, puedan ponerse de acuerdo sin siquiera conocerse, sobre la simple hoja de papel que utiliza el señor Von Neumann para demostrar que ambos jugadores sólo tienen un único y mismo turno de juego, prueba que son perfectamente compatibles para indicar a la misma persona, y desde un cierto punto de vista y hasta un cierto límite, si el analista, en su posición pura, original, sólo tiene la del sujeto tal como la defino cartesianamente, suponiendo a aquel que en todo caso se dice que, aún cuando nada sepa, es aquel que piensa que no sabe nada y que esto basta perfectamente para asegurar su posición ante el otro jugador, que sabe, sin duda, pero no sabe que sabe, queda claro que esos dos polos pueden muy válidamente constituir, hasta cierto punto, una misma persona si definimos a la persona no a través de esta referencia sino por el interés común. Y el interés común es lo que se llama la curación.

¿Qué quiere decir eso de la curación? Exactamente lo que sucede en algún punto posible en el que Pascal detiene el juego y puede hacer en ese momento la repartición de las apuestas [*les mises*] de una manera satisfactoria para ambos. La curación no tiene ningún otro sentido que esta repartición de los elementos en juego [*enjeux*] en un punto cualquiera del proceso, si partimos de la idea de que, hasta cierto punto, sujeto y saber están perfectamente hechos para entenderse. Es lo que todos los analistas de la escuela de *El psicoanálisis de hoy*¹⁰⁴ llaman, en ese falso lenguaje tomado de la psicología, "la alianza con la parte sana del yo", en otras palabras, ¡equivocuémonos juntos! Si hay algo que intento reintroducir, que le permita al analista culminar en algo diferente a una identificación del sujeto indeterminado con el sujeto supuesto saber, es decir, con el sujeto del engaño, es en la medida en que recuerdo lo que, aún quienes tienen esta teoría, saben en la práctica: ¡que hay un tercer jugador! Y que el tercer jugador se llama la realidad de la diferencia sexual. Por eso es que, ante esta realidad de la diferencia sexual, el sujeto que sabe, que no es el analista sino el analizado, se ha constituido desde hace mucho tiempo en su propio juego, aquel que ha durado, comenzado y culminado hasta el análisis, [...] necesario de dos sujetos, del sujeto dividido, por una parte sujeto y, por el otro lado, saber, pero no juntos. Y de ese algo, a través del cual él no se puede aprehender más que como caído y decaído de la realidad de la que no quiere y no puede saber nada; en lo que hace que siempre el hombre ha de huir lo imposible de la realidad sexual, en ese algo que es su suplemento lúdico y al mismo tiempo su defensa, ese algo que conocemos bajo la forma de lo que se revela en el fantasma en la medida en que la causa es la puesta en juego del sujeto, bajo la forma de ese objeto de la relación de objeto, puesta en juego [*mise en jeu*] entre los dos términos subjetivos opuestos del sujeto y del saber inconsciente. En esta sustitución del *a*, del objeto

de desecho, del objeto de caída, por aquello de lo que se trata –la realidad de la relación sexual–, está lo que le da su ley a esa relación del analista con el analizado, en el sentido en que lejos de que haya de contentarse con alguna repartición equitativa de los elementos en juego [*les enjeux*], tiene que vérselas con algo en donde se halla claramente en una posición de oposición a su *partenaire*. Como en todos los casos en que no hay acuerdo posible en el juego, tiene que vérselas con un *partenaire* a la defensiva, pero cuya defensiva es peligrosa y prevaleciente por el hecho de que, contrariamente a lo que muchos se imaginan, esta defensiva no está dirigida contra él, contra el analista. Lo que constituye su fuerza es que está dirigida contra el otro polo: el de la realidad sexual. Esta es imbatible justamente por el hecho de que, no teniendo por esa razón solución, la astucia del conductor del juego, si el analista puede acaso merecer ese nombre, sólo puede ser la siguiente: hacer que de esta defensiva se llegue a, se desprenda, una forma siempre más pura. Y esto es lo que es el deseo del analista en la operación.

Llevar al paciente a su fantasma original no es enseñarle nada, es aprender de él cómo hacer. Es el paciente quien sabe qué hacer con el objeto *a* y su relación (en un caso determinado) con la división del sujeto, y nosotros estamos en la posición del resultado en la medida en que lo favorecemos. El análisis es el lugar en donde se verifica, de una manera radical en la medida en que muestra su superposición estricta, que el deseo es el deseo del Otro. No porque en el paciente se dicte el deseo del analista, sino porque el analista se torna el deseo del paciente. Es lo que les he expresado por el triangulito en rojo [figura XIX-3], que les muestra en qué espacio virtual del lado del Otro, lugar ocupado por el analista, se sitúa el punto de deseo, es decir, en el polo estrictamente opuesto al lugar donde yace lo imposible de la realidad del sexo.

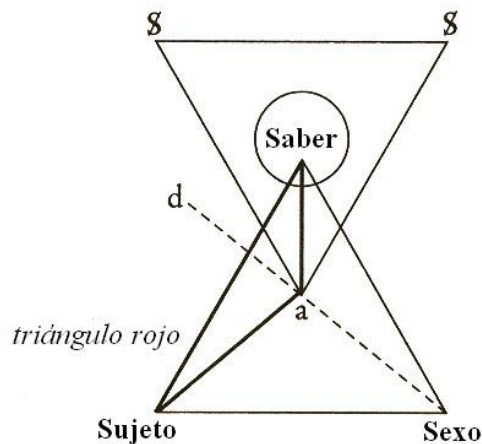


Fig. XIX-3

Ahora bien, ahí es donde yace lo supremo de la astucia analítica, y sólo ahí puede ser alcanzada. Solamente con esta mira, y en la medida en que el analista está allí absolutamente reblandecido, puede pasar algo de lo que constituye, propiamente hablando, la única ganancia concebible. Solamente en el punto en donde va hasta lo máximo aquello que hace que el saber se constituya como el guardia, pero entiéndaselo en el sentido de *serviente*, de ese rechazo de la realidad sexual, de esta tan íntima *αἰδώς*, de este pudor radical, es justamente en ese punto que este pudor puede traicionarse. Que esta guardia sea llevada hasta su más perfecto punto es lo que puede dejar pasar algo de una falta de guardia, pues a esta realidad del sexo, no se le supone saber.

Y ahí es donde dejaré oscilante el asunto de las últimas posiciones subjetivas. ¿Este supremo pudor, sabe o no sabe? Están los que creen que sabe. ¿Pero cómo saber lo que sabe, si no en ese nivel del Otro donde surgirá la sombra de ese significante omnipotente, de ese nombre supremo, de lo omnisciente que siempre ha sido la trampa, el lugar elegido de la captura, para aquellos que necesitan creer? Como todo el mundo sabe, “creer en ello” quiere decir, puede querer decir, quiere siempre decir, hasta la gente que cree lo afirma y lo dice, es la teoría fideísta, que uno sólo puede creer en aquello de lo que no está seguro. Quienes están seguros, pues bien, justamente, no creen en ello. No creen en el Otro; están seguros de la cosa. Esos, son los psicóticos. Y por eso es perfectamente posible, contrariamente a lo que alguien de esta Escuela escribió sobre la *Historia de la locura* de Michael Foucault (a quien sólo se le puede reprochar una cosa: no dar de la psicosis esta fórmula, por no haber asistido a mi seminario sobre el presidente Schreber⁷⁹), [decir que] hay un discurso perfectamente coherente de la locura que se distingue por el hecho de que él está seguro de que la cosa sabe.

Los dejaré en este punto (son las dos de la tarde) al que los llevé hoy. ¿Qué debe ser, qué puede ser, ese deseo del analista, para sostenerse al mismo tiempo en ese punto de suprema complicidad, complicidad abierta? ¿Abierta a qué? A la sorpresa. Lo opuesto a esta espera en que se constituye el juego en sí, el juego como tal, es lo inesperado. Lo inesperado no es el riesgo. Uno se prepara para lo inesperado. Lo inesperado, también, si me permiten un instante volver sobre este esbozo de estructuración para-euleriano que intenté darles como necesario por lo menos para ciertas cosas, el ocho invertido, porciúncula cuyo campo externo es esta banda de Möbius que debe necesariamente atravesarla, la porciúncula, verán que lo inesperado halla allí su aplicación admirable. Pues ¿qué es lo inesperado sino lo que se revela como siendo ya esperado pero sólo cuando sucede? Lo inesperado, de hecho, atraviesa el campo de lo esperado. En torno a ese juego de la espera, y enfrentando la angustia (tal como Freud lo formuló en textos fundamentales sobre ese tema), en torno a ese campo de la espera debemos inscribir el estatuto de lo que concierne al deseo del analista.

Esto es lo que retomaré dentro de quince días, ya que la próxima vez tendremos un seminario cerrado.

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila. Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español: Belén del Rocío MORENO CARDOZO, Carmen Lucía DÍAZ LEGUIZAMÓN, Eduardo ARISTIZÁBAL CARDONA, Javier JARAMILLO GIRALDO, Mario Bernardo FIGUEROA MUÑOZ, Pilar GONZÁLEZ RIVERA, Tania ROELENS HRNCIROVA. Posteriormente he recibido precisiones, anotaciones, correcciones de Sylvia de Castro K., Myriam Cotrino y Luisa Matallana L., a quienes agradezco sinceramente el haberse tomado el tiempo para anotar sus dudas y enviarlas a este correo.

Esta traducción continúa en proceso; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:

pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com